



Integrarse para vivir: ¿una utopía humanista?

Integrate to Live: a Humanistic Utopia?

Horacio CERUTTI-GULDBERG

Investigador del CCYDEL / Profesor de la FFYL.

Universidad Nacional Autónoma de México.

RESUMEN

El ensayo constituye una apuesta por la integración autónoma, que propicie una negociación regional eficiente frente al ALCA. Para ello, propone recuperar el ingenio propio, lo cual supone rebasar el obstáculo construido por la transitología, más allá del abandono del enfoque histórico estructural y de la inconsistente afirmación del conflicto social como decimonónico, al difundir la oposición entre un supuesto revolucionarismo irracional en los setenta frente al democratismo (liberal) de los ochenta. Así, se abre el camino el aprecio de la tensión utópica operante en la historia y deja de ser tabú o anacronismo la revolución, cuestión a repensar si es que las hay.

Palabras clave: Integración, transitología, utopía, revolución.

ABSTRACT

This paper constitutes a proposition for autonomous integration that propitiates regional negotiation in the face of the ALCA. To do this, it proposes to recuperate one's own ingenuity, which supposes surpassing the obstacle constructed by transitology, beyond abandonment of the structural historical focus and the inconsistent affirmation of social conflict as nineteenth-century, on spreading opposition between a supposed irrational revolutionary-ism from the seventies against the (liberal) democratism of the eighties. Thus, the way is opened to an appreciation of the utopian tension operating in history and the revolution ceases to be taboo or an anachronism, a question to be re-thought if there are any.

Key words: integration, transitology, utopia, revolution.

¿No significaría una integración autónoma de la región el camino más viable para alcanzar una mejor situación de interlocución internacional y para reforzar todas las posibilidades incoadas de gestión y negociación que aquí se cobijan? ¿No es de sentido común captar los beneficios de la integración autónoma regional para negociar en mejores condiciones con el resto del mundo? Incluso, quizá no sería exagerado esperar de una negociación colectiva mejoras sustanciales para la exasperante cotidianidad de las grandes mayorías, marginadas de los beneficios dentro de la situación imperante. Pero, debe exhibirse a bote pronto el supuesto cardinal del cual no podemos menos que partir: no se trata de volver a desdibujar las diferencias internas de América Latina en nombre de la integración. Se pretende disminuir y hasta eliminar desigualdades lacerantes en la distribución de bienes, medios y oportunidades y colocar a esta América en posición de interlocutor respetado en el concierto internacional. Pero, no de imponer un modelo aniquilador de diferencias internas entre regiones, grupos, etnias y manifestaciones culturales que deben ser respetadas, pues constituyen la riqueza y la inmensa fuerza de nuestra diversidad. Es justamente a partir de la potenciación de esas diferencias que se puede enfrentar el proceso de tendencial homogeneización subordinante que propician las elites hegemónicas y sus tecnócratas al pretender ignorar las evidentes ventajas mencionadas. Es claro que para ellas las evidencias son otras...¹.

A pesar de esa ceguera interesada, muy a su pesar, todo indica que tendría más fuerza la negociación regional antes que seguir reiterando el consabido camino bilateral. Con lo cual no pretendo insinuar que las relaciones internacionales bilaterales deban ser abolidas en todos los casos. Más bien, el que se ha mostrado hasta el cansancio que ese camino ni siquiera a negociación llega y, más bien, culmina en todos los casos en sumisión abyecta, al tiempo que nos debilita por dentro y por fuera. Quizá el ejemplo más sonado y temible por sus consecuencias escandalosas haya sido el del TLC. Y no parece que el ALCA vaya por camino muy distinto. Con lo cual la cuestión no se reduce a una elite política nacional determinada, sino que puede abarcar a un conjunto bastante abrumador².

- 1 El de la integración de nuestra América no es un tema nuevo para mí. Mucho menos, lo que quizá cabría denominar como militancia integracionista. Remito a algunas pistas en mis trabajos: "La utopía de 'nuestra América' en el pensamiento cuencano" en: *Cultura*. Quito, Banco Central del Ecuador, n° 1, septiembre-diciembre 1978, pp. 41-58; "Series y utópicas en el pensamiento cuencano" en: *Problemas actuales de la filosofía en el ámbito latinoamericano*. Quito, PUCE, 1979, pp. 153-161; reedición bilingüe (castellano-alemán) en: *Khipu*. República Federal Alemana, año 3, n° 5, 1979, pp. 52-63; "El derecho a 'nuestra' utopía" en: *Revista de Historia de las Ideas*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana y CELA de la PUCE, segunda época, n° 3, 1981, pp. 31-52; "Latinoamérica: ¿formación (historia) de un destino?" (Ponencia en la V Feria Latinoamericana del Libro, Washington, D.C., 1981); "América, un continente por descubrir" en: *Coatepec*. Toluca, UAEM, año 1, marzo 1987, pp. 18-20; "Aspectos socioculturales: identidad e integración en el Caribe" en: *El Caribe: nuestra tercera frontera*. México, S.R.E., 1991, pp. 27-30; "Hacia la utopía de nuestra América" en: *Ibero-Americarisches Archiv. Zeitschrift für Sozialwissenschaften und Geschichte*. Berlin, Neue Folge, Heft 3-4, Jahrgang 18, 1992, pp. 455-465; "Iberoamérica y los procesos de integración en el mundo" en: *Iberoamérica hacia el Tercer Milenio*. México, S.R.E., 1993, pp. 11-14; "Tareas culturales en tiempos de desintegración" en: Leopoldo Zea y Mario Magallón (compiladores), *Latinoamérica: economía y política*. México, FCE/IPGH, 1999, pp. 15-36; "Tareas culturales en tiempos de desintegración II" en: Dora Cajías, Magdalena Cajías, Carmen Jonson, Iris Villegas (coordinadoras), *Visiones de fin de siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*. La Paz, Bolivia. Coordinadora de Historia/IFCA/Embajada de España en Bolivia, 2001, pp. 807-813; "Necesidad y obstáculos para la integración de nuestra América" en: *Latinoamérica*. México, CCYDEL-UNAM, n° 37, 2004, pp. 37-383.
- 2 Cf. mi "La utopía americana en el siglo XXI. ¿Utopía de la unidad o mitos de la integración?" en: *Latinoamérica. Anuario de América Latina: encrucijadas y laberintos*. México, CCYDEL-UNAM, n° 34, 2001-2002, pp. 23-31.

Por mi parte, me gustaría pensar que el aprecio por esa vía de la unidad nuestroamericana, con larga trayectoria de anhelo en nuestras tradiciones intelectuales y políticas, se constituye cada vez más en una convicción de los sectores populares que se organizan de modo creciente para resistir, primero, los embates de la dominación y para proponer, después, salidas creativas e ingeniosas a la insistente dependencia en que nos debatimos. Hay que enfatizar las estrategias de autoorganización y de recuperación social del Estado, de conversión de los sujetos sociales o étnicos en económicos o políticos (Piqueteros, MST, EZLN) y en todas las formas de integración social desde la base de nuestras sociedades (redes de comunicación e intercambios de saberes, tecnologías, experiencias y bienes –¿es muy descabellado reactivar el trueque como mecanismo comercial regional?). Esto con todas las consecuencias: pasaporte único, moneda común, banco regulador regional, libre tránsito, etc.

Me propongo, en lo que sigue, explorar con carácter hipotético y, por supuesto, plenamente rectificable, algunas dimensiones que suficientemente reconfiguradas podrían –me parece– sugerir nuevas sendas y quizá –¿por qué no?– hasta avenidas a la labor que colectivamente se impone cada vez más como agenda irrenunciable. Ahí están, confrontándonos con fuerza creciente, las evidencias inocultables no sólo de un malestar social extendido, sino de búsquedas sorprendentes, catalogadas como extinguidas, irrepetibles, impensables o simplemente anacrónicas hasta hace unos meses.

Avanzan a un ritmo tan acelerado estos procesos que se dificulta siquiera apreciarlos. Al punto que, cuando nos reunimos en Santiago de Chile en julio del año pasado algunos de los aquí presentes, con motivo del Congreso de Americanistas, sugerí la necesidad de repensar el cambio estructural y ni yo mismo imaginaba lo que íbamos a presenciar unas semanas después en Bolivia. Y, sin embargo, teníamos los antecedentes de Ecuador, Brasil, Argentina, Venezuela y de las propias “guerras” –según las autonombraron sus protagonistas– en Bolivia misma. En medio de tremendas complejidades y sufrimientos sin cuento creo percibir que se abre paso el cansancio de amplias mayorías respecto de las manipulaciones, mentiras, abusos y condenas a situaciones sin salida. El ingenio colectivo se agudiza y surgen sorprendentes experiencias impensables poco antes, sustentadas en largas décadas de organización, lucha local y hasta micro, forjadora del entrenamiento y la capacitación indispensable para mayores intentos. Incluso, en contra de las reiteradas conmemoraciones de fracasos y derrotas en que se debatieron durante años las memorias progresistas, ahora y aquí se gana; hasta cabe decir que hay triunfos para celebrar y meditar mucho en ellos.

Viene entonces el punto: ¿de veras impensables esas originales experiencias o impensables por las reticencias a abandonar clichés y tópicos (prejuicios los habría llamado quizá Ortega) que brindan comodidad a la rutina de un supuesto ejercicio mental, pero que impiden *de facto* la aprehensión de las novedades con que la contingencia de lo histórico no deja de regalarnos? Aventurémonos un tanto a través de esta sugerente veta de reflexión, para siquiera vislumbrar a dónde podrían conducir algunos de estos otros escenarios no sólo probables, sino ya plenamente constatables para quienes tengan educada y no precisamente domesticada la percepción.

Sugiero comenzar por lo que sigue. Tengo para mí, que la transitología ayudó, quizá sin pretenderlo (démosle el beneficio de la duda) a difundir una mixtificación. No sólo la del abandono del enfoque histórico estructural y la asunción acrítica de la hipótesis nunca comprobada de que el conflicto social sería cuestión decimonónica, sino la amplia difusión de la arbitraria oposición entre lo que habría sido el revolucionarismo de los 70s y la revaloración de la democracia formal (liberal) a inicios de la década perdida. Induciendo la extra-

vagante idea de que por primera vez en esos momentos se habría comenzado a valorar la democracia en la región³.

Así, se fueron eslabonando una serie de oposiciones binarias que desde esos “ahora” denigraron, viéndolos como delirantes, las luchas y afanes de los 70s e idealizaron los procedimientos de la democracia representativa. Por cierto, considero a esos procedimientos, a lo mejor conviene decirlo para evitar cualquier suspicacia, por supuesto siempre preferibles a la mejor dictadura. Por definición, quedarían establecidas sin más como oposiciones mutuamente excluyentes: revolución/democracia, violencia/pacifismo, movimientos guerrilleros/partidos políticos, enemigos/consensos, utopía/realismo, toma del poder/ética en la política, transformación estructural/gradualismo de lo local, etc.

En suma, frente a los iluminismos vanguardistas, el abatimiento impotente de la sensibilidad posmoderna o grandes relatos vrs. fragmentación disgregante y, en el límite, convalidadora de lo existente. Todo maquillado de ultra crítica frente a lo que habría sido puro irracionalismo ideológico de mentes calenturientas e inmaduras de etapas anteriores. Con lo cual, de manera quizá no tan paradójica, se habría venido, seguramente sin pretenderlo, a brindar inaceptable legitimación a la infame doctrina de los dos demonios, la cual pretendió hacer de las víctimas victimarios. Eso convenientemente edulcorado por el repudio a la violencia desde abajo, para intentar –sin éxito, claro– invisibilizar la violencia, el monopolio de la violencia ejercida desde arriba por unos Estados que nunca acaban de arribar a la vigencia efectiva del derecho, expresado, se pretende, en unas leyes que para su propio beneficio se dictan. Respeten las leyes, parecen decirnos, aunque nosotros seamos los mayores transgresores de nuestras propias leyes. Quizá por aquello de que “la ley es como el cuchillo, no corta al que lo maneja”... Sin ninguna novedad en la reiteración del colonial *dic-tum*: “se acata, pero no se cumple”...

Todo este tejido reductivamente dualista y, ahora sí, típicamente ideológico ha venido a constituirse, en su apretada trama apenas insinuada en las líneas anteriores, en un formidable obstáculo epistemológico para el avance de la indispensable tarea intelectual que hoy se reclama. Como tal bloquea el avance deseable e impostergable de la reflexión requerida para estar a la altura de las demandas sociales y ha propiciado un sensible alejamiento del esfuerzo intelectual respecto de las luchas de los movimientos sociales, salvadas por supuesto honrosas excepciones. Vale la pena hacer el esfuerzo de disipar, aunque sea parcialmente, estas brumas en el intento por abrir vías alternas de pensamiento y acción. O, mejor, para que el pensamiento pueda hacerse cargo de manera más adecuada de acciones y experiencias que desbordan, felizmente resquebrajándolos, estos corsés deformantes.

Por supuesto, sería vano pretender siquiera insinuar que el cuadro bosquejado no alude a ningún tipo de manifestación histórica efectiva. Su inverosimilitud sería en esa perspectiva evidente y haría superflua la crítica. Lo que cuestiono es que ese sedimento esquemático ha terminado por hacer inaccesibles los procesos históricos y de pensamiento efectivos, exagerando oposiciones o inventándolas lisa y llanamente donde no las hubo.

Para peor, la tan traída y llevada transición a la democracia se ha convertido, en el mejor de los casos, en una transición de regímenes autoritarios a sociedades en transición...

3 Sobre el abandono del enfoque histórico estructural Cf. Carlos FRANCO (1998): *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*. Lima, Friedrich Ebert Stiftung, 295 pp.

interminable, por lo que se vislumbra. Una especie de constante “hoy no se fía, mañana sí”, como dice el cartel que cuelgan en ciertas tienditas. Siempre es hoy... Por otra parte, bajo el pomposo nombre de democracias liberales, suele ocultarse el más descarado cesarismo, donde el papel de César lo ejerce una denominada “clase” política impresentable y casi completamente desacreditada por sus chanchulleros, marrullerías, corrupciones y abiertas traiciones a la voluntad de sus electores o de quienes dicen representar. Desde otros enfoques, la caracterización de cesarismo democrático opera como antiparras al enmarcar en parámetros ultraconocidos lo que debería ser apreciado en sus novedosas manifestaciones⁴.

Aquí se vuelve muy fecundo el recurso a la reflexión sobre la utopía. Durante estos años he procurado aportar al enfoque compartido, impulsado por muchos de los que estamos aquí reunidos, insistiendo al menos en tres consideraciones respecto del tema. Tres aspectos que eslabonados delinearán un modo de proceder de fecundidades teóricas apenas atisbadas, a pesar de las mil y una aproximaciones que he ensayado en innumerables trabajos. Distinguir niveles de uso del término, permite deslindar el del lenguaje ordinario del específico al género utópico. Prestar atención a las características que presenta la estructuración y organización misma de las obras exponentes del género, impulsa a dar un paso más y aprehender la tensión entre realidad indeseable e ideales anhelados, lo cual constituye lo propio de lo utópico operante en la historia⁵. Es en este tercer nivel de consideración que me quiero detener un poco para apreciar sus virtualidades. La tensión, mantenida y no resuelta, esa oscilación entre lo que es y lo que se supone debería ser, propicia tanto la apertura a la captación de lo contingente en la historia como el acercarse (¿empáticamente dirán quizá quienes pretenden desacreditar este esfuerzo?) a la comprensión y valoración de las empresas colectivamente emprendidas por sujetos sociales, los cuales impulsan novedosas irrupciones subversivas o transgresivas respecto de las limitaciones e insuficiencias institucionales vigentes. Esto no quiere decir que en todos los casos y casi por definición, el objetivo propuesto o el resultado obtenido comporte alteraciones del *statu quo*. No es ninguna novedad que los *gattopardismos* requieren que todo cambie para que todo siga igual. No es entonces, la tensión utópica soporte del cambio por el cambio o garantía *per se* de transformación progresista (para recuperar con toda precaución otro término descartado). Quiero decir, atender a la tensión utópica o, en otra expresión equivalente, a lo utópico operante en la historia, no es lo mismo que teorizar y, menos, propiciar transformaciones estructurales. Tampoco, muchísimo menos, postularlas como resultado de una determinación o legalidad histórica ineluctable. En este sentido, lo utópico no es destino. Lo que sí constituye es una dimensión atendible y quizá vertebral del poder-hacer que ejercen los seres humanos. Par-

4 La adjudicación de neocesarismo le impide a Marcos Kaplan apreciar el intento de participación de los sectores populares en la vida democrática que yace en la experiencia venezolana actual. Cf. su *Neocesarismo y constitucionalismo. El caso Chávez y Venezuela*. México, IJ-UNAM, 2001, 87 pp.

5 Remito a algunos de mis trabajos sobre el tema: “Para una filosofía política indo-iberoamericana; América en las utopías del renacimiento” en: *Nuevo Mundo*. Padua, Argentina, vol. 5, tomo 3, enero-junio 1973, pp. 51-89; “Itinerarios de la utopía en nuestra América” en: *Nuestra América*. México, CCYDEL-UNAM, año IV, n 12, septiembre-diciembre 1984, pp. 11-32; “¿Teoría de la utopía?” en: Oscar Agüero y Horacio Cerutti Guldberg (editores), *Utopía y nuestra América*. Quito, Abya-Yala, 1996, pp. 93-108; “Cultura, democracia y utopía (¿hacia un ejercicio de frontera?)” en volumen colectivo organizado por FCPyS a editar por Siglo XXI; “Tiempo y espacio de utopía”: CEIICH-UNAM, 2003, en prensa.

ticularmente en situaciones límites o en las cuales se lleva al límite soportable la agresión y el sofocamiento del despliegue de capacidades creativas irrenunciables.

Por ello, la secuencia se presenta no como unilineal ni teleológica, sino reversible y transitable a veces a saltos: protesta, resistencia, organización, rebelión, insurrección, revolución. Frente a lo cual, parece de una ingenuidad muy grande pretender que la vigencia a tumbos de una democracia agónica y sin proyecto compartible e integrador de todos y todas mitigue o encauce, con sus variados intentos de gobernabilidad, la fuerza de esas demandas insatisfechas y plenamente justificadas de las grandes mayorías excluidas –diría secularmente y a veces pareciera horrorizadamente que hasta por presuntos antecedentes genéticos...– de oportunidades de desenvolvimiento. Salvo, lo que sería mucho peor, que a sabiendas consista en el preludio cínico de represiones iguales o peores a las ya sobrevividas en nuestra historia⁶.

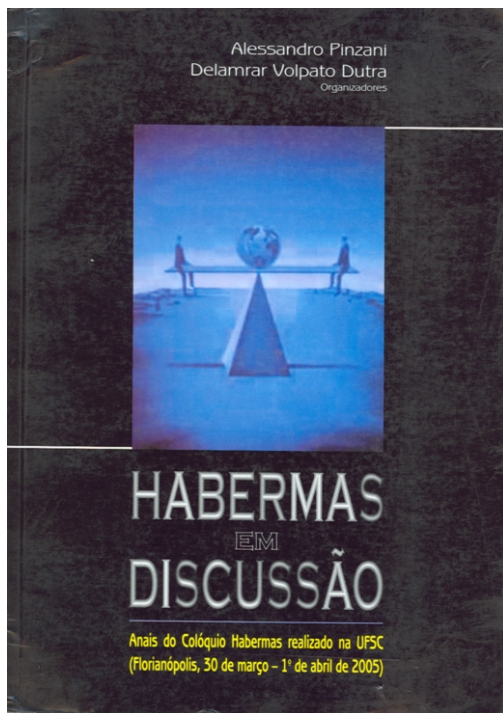
Más sano, en una especie alternativa de medicina preventiva, sería quizá prestarle atención a la tensión utópica para desentrañar toda la carga simbólica, polisémica y fecundante que tiene el imaginario colectivo con el fin de radicalizar un ejercicio de la democracia que no descarte *a priori* formas de democracia directa en los niveles en que pueda aplicarse y que permanezca permanentemente abierta a la consideración de posibles ampliaciones. Que apunte también a impulsar la integración de nuestra América desde abajo, desde la movilización social, para replantear formas novedosas de hacer política, experimentando y propiciando el poder-hacer colectivo. Y de este modo, mediante un proyecto acogedor y compartible, respetuoso de ritmos, tiempos, espacios y nichos ecológicos, impulsar una integración que sirva de medio para el logro de objetivos mayores, devolviéndole a los términos valorativos su carga apreciable: justicia, libertad, paz; en suma, plenitud de lo humano con generosidad.

Entonces no es realismo político (o *Realpolitik*) enfrentado con utopismo. Sino control racional y potencialización al máximo de la indispensable presencia activa de lo utópico, sin la cual no sería factible el realismo político. Quizá (no es tentación profética ninguna) más de una revolución será todavía necesaria para que se anuden eficazmente (no rehujo el término) integración autónoma, democracia plena (incluidas sus dimensiones sociales) y satisfacción de demandas de las mayorías. Lo que urge, en cualquier caso, es la apertura mental y de conciencia para hacer aprehensible lo nuevo, que despunta en el seno nutricio de la cotidianidad, y que se rehuyan al máximo las perezosas inclinaciones a invisibilizarlo o ningunearlo. Creyendo que no hay ni habrá nada nuevo bajo el sol, lo más probable es que la historia pase y arrase por sobre nuestros cuerpos sin darnos tiempo siquiera a enterarnos. Se perdería, lamentablemente, la oportunidad de hacer el aporte del granito de arena correspondiente, seguramente sin gloria, aunque no estoy seguro de que fuera fácil librarse de la pena que conllevaría tal dislate.

Lo que sí me queda claro son al menos dos puntos que sintetizo a continuación para terminar. Se sigue requiriendo con urgencia –como en tantos otros momentos decisivos de nuestra historia– aprehender primorosamente de la acumulación y ensamblaje de experiencias colectivas acumuladas para impulsar el cambio de situaciones intolerables. No hay una

6 Cf. mi “¿La democracia es todavía posible entre nosotros?” en: José Emilio Orlando Ordóñez Cifuentes (Coordinador): *La construcción del estado nacional: democracia, justicia, paz y estado de derecho*. México, IJ-UNAM, 2004, pp. 17-24.

modalidad inamovible de capitalismo, pero, por si fuera poco, tampoco encuentro indicios de que el capitalismo en cualquiera de sus modalidades constituya el estadio definitivo e irrebasable de la historia humana. Tarea apasionante, por un lado, la que colectivamente nos reclama y constataciones sugerentes, casi diría esperanzadoras por el otro, las que nos hablan de un más allá de lo dado y de un camino que se hará de modo compartido y participativamente al andar.



Há certas questões que os filósofos têm mais preparo para resolver do que os demais intelectuais, sejam eles escritores, artistas, profissionais liberais ou cientistas. Os filósofos podem, em primeiro lugar, contribuir para o discurso sobre a modernidade, à luz do qual as sociedades complexas alcançam uma compreensão melhor de sua situação no passado e no presente. Em segundo lugar, dado que a filosofia tem estreita relação tanto com a ciência quanto com o senso comum, os filósofos têm condições de efetuar uma crítica das patologias sociais, quais sejam, por exemplo, os sofrimentos mais ou menos ocultos que advêm dos processos de comercialização, burocratização, legalização e cientificação. Por fim, os filósofos podem reivindicar para si uma especial competência para analisar as questões de injustiça política e, em particular, dessas “chagas ocultas” que são a marginalização social e a exclusão cultural. A filosofia e a democracia não só partilham as mesmas origens históricas como também, de certo modo, dependem uma da outra.

Jürgen Habermas. De: *A Ética da Discussão e a Questão da Verdade*. São Paulo, Martins Fontes, 2004.